

"La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para la que se requiere, al mismo tiempo, pasión y mesura."

Max Weber

¿Es así la política de hoy? El autor, joven analista, reflexiona sobre la crisis de la política, diferenciando aquella guiada por el "espíritu de corte" de la que responde al "espíritu de sacrificio" (aunque con placer).

El espíritu de corte en la política

**gianpiero
leoncini león velarde**

En *Los cien días o el espíritu de sacrificio* (Perrin, 2001) y *El grito de la gárgola* (Albin Michel, 2002), Dominique de Villepin, actual ministro del Interior de Francia y anterior ministro de Relaciones Exteriores —el único en la historia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en recibir una ovación, tras su poderoso alegato contra la guerra de Irak—, brinda lúcidas reflexiones sobre los distintos matices que puede adqui-

rir la vida política de una nación y la actuación de sus políticos a través del tiempo.

El autor describe dos estados que pueden predominar sobre la escena pública según las circunstancias: el "espíritu de corte" y el "espíritu de sacrificio". Para graficar el primero, como su nombre lo indica, baste imaginar un Versalles

hacia la segunda mitad del siglo XVIII, con sus Madame du Barry, Choiseul y María Antonieta, multiplicando intrigas alrededor de Luis XV y de Luis XVI, desconectados del país entre tantos lujos, sin comprender que estaban todos en un mismo barco y perforándole un agujero muy peligroso.

El segundo, en cambio, se refiere a un ideal que debería encarnar el verdadero estadista. Significa aceptar que las personas públicas están al servicio de las grandes causas y que deben entregar todas sus energías al cumplimiento de los mandatos del interés común, sin importar los costos que ello conlleve para sus propias ambiciones.

Cabe señalar que el espíritu de corte es en realidad una metáfora cuyos alcances no se limitan a aquellos regímenes políticos



en los cuales existe una cohorte de aristócratas subvencionados por un monarca. Todos los partidos se encuentran expuestos al riesgo de caer en ese estado en la medida en que, una vez conquistado el poder, sus miembros caen en la tentación de entregarse al concurso de vanidades. Ello, probablemente, en virtud de que el deseo de disfrutar de lo ganado es inherente a la naturaleza humana.

Pero lo más interesante que nos hace notar De Villepin es la facilidad con que las democracias modernas pueden quedar atrapadas en el espíritu de corte; de hecho, el autor fustiga la prevalencia de tal estado de cosas en la Francia de finales del siglo XX. La sociedad naufraga entonces en el inmovilismo, es presa de los intereses creados particulares, se envuelve en la rutina dictada por los aparatos burocráticos, y la vitalidad de la nación se apaga.

Si tal circunstancia nos parece familiar, es necesario recordar que a principios del siglo XX el gran sociólogo alemán Max Weber ya había identificado con aguda precisión una trascendental debilidad del sistema de partidos en los albores de la sociedad de masas. En su conferencia sobre "La política como vocación" (1919), particularmente, Weber manifiesta su escepticismo con respecto a la capacidad de los partidos de su época para ejercer un liderazgo saludable en el grave contexto provocado por la derrota alemana en la Gran Guerra y el consecuente

derrumbe de la monarquía constitucional.

El autor constata que la lucha por el poder entre partidos conformados a imagen y semejanza de las transformaciones producidas durante la Revolución Industrial viene de la mano con una inusitada democratización de la participación política.

Cuando la política se convierte en un modo de subsistencia para muchos, y las prebendas en el fin último de la conquista del poder, se pierde el sentido de lo que constituye el interés público.

En efecto, cuando la política se convierte en un modo de subsistencia para muchos, y las prebendas en el fin último de la conquista del poder, se pierde el sentido de lo que constituye el interés público. La multiplicación de actores que persiguen su ingreso a las instituciones del Estado como a un botín de guerra ilustra el riesgo de inducir la utilización en beneficio particular de los recursos que pertenecen a todos. Se distorsiona así la responsabilidad que entraña el ejercicio de la función pública y cunde naturalmente el espíritu de corte.

Tanto para Weber como para De Villepin, separados por una distancia de un siglo en sus reflexiones, la salida de esta trampa democrática reside en las cualidades de las personas

llamadas a participar en la vida política de un Estado. Romper el anquilosamiento que se apodera a menudo del espíritu colectivo por causas estructurales requiere de políticos que conserven la convicción de que existe un camino por el cual debe transitar el bien de la nación. Para tomarlo es indispensable asumir con abnegación y dinamismo decisiones que marquen un rumbo para canalizar las energías nacionales y que promuevan revoluciones pacíficas. El hombre providencial capaz de tales sacrificios representa una especie muy buscada en nuestros días.

Por ello, en un contexto de descrédito generalizado de la política, las célebres palabras finales de la conferencia de Weber poseen un indudable valor reivindicativo: "La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para la que se requiere, al mismo tiempo, pasión y mesura. Es completamente cierto, y así lo prueba la Historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez. Pero para ser capaz de hacer esto no solo hay que ser un caudillo, sino también un héroe en el sentido más sencillo de la palabra. [...] Solo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado estúpido o demasiado abyecto para lo que él le ofrece; solo quien frente a todo esto es capaz de responder con un sin embargo; solo un hombre de esta forma construido tiene vocación para la política". ■